

Un primer centenario de excavaciones en Medina al-Zahra

(Nota leída en sesión de la Real Academia de Córdoba, por D. Rafael Castejón)

No puede terminar este año de 1954 sin que hablemos de una efeméride interesante para el pasado cordobés, cual es la del primer centenario de las primeras excavaciones realizadas en Medina al-Zahra.

Fué en el año 1854 cuando consiguió don Pedro de Madrazo que el Gobierno hiciera excavaciones en Medina al-Zahra. Catorce años antes se había publicado en Londres, por la Real Sociedad Asiática, la traducción de la gran compilación histórica *Naft al-tib*, de Almacari, vertida al inglés por el exilado D. Pascual de Gayangos (1840), y aún no traducida al español, por vergüenza para la cultura patria, apesar de haberse hecho repetidas ediciones del texto árabe, magníficamente depuradas, una por el gran Dozy (1855-60) y otra por el gran maestro actual del arabismo francés Levy Provençal (1938)

Aquella traducción, aunque en lengua inglesa, conmovió al mundo erudito español, y la creación califal, conocida en más detalles por las descripciones que el compilador árabe tomó de Aben Hayán, contemporáneo, el príncipe de los historiadores españoles, avivó el interés por el pasado hispano-árabe y concretamente por el pasado esplendor de la Córdoba califal.

Es por entonces, hace ahora un siglo, cuando entre la colección de *Recuerdos y bellezas de España*, iniciada por Parcerisa, se publica el tomo de «Córdoba», cuyo primer capítulo escribe don Francisco Pi y Margall, y lo continúa don Pedro de Madrazo, quien desde entonces se encariña con la historia de Córdoba, y bucea en la traducción de Gayangos para enriquecerla, dando lugar a esa hermosa obra en la que aprendió a amar a Córdoba toda la generación pasada, y de la que se hizo una segunda edición en 1886.

Es también por entonces cuando nuestro Duque de Rivas acaba de escribir su *Moro Expósito*, publicado en 1834, para cuya documentación histórica solo conoció la *Historia de los Arabes en*

España, de Conde, por cuya razón, al describir Medina al-Zahra según este compilador, dice don Angel de Saavedra, en la nota 23 del romance segundo: «por muy exagerada que se suponga esta descripción, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahra, ni es fácil explicar como ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las Cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que solo tiene una cerca moderna con establos para la cría de potros. El recinto lleva el nombre de Córdoba la Vieja».

En ese ambiente histórico, perfumado por el romanticismo literario de la época, don Pedro de Madrazo, estudiando el pasado cordobés para la redacción de su obra, y prendado en el hechizo de ese pasado, se dedica a buscar Medina al-Zahra, y prestamente, guiado por la erudición cordobesa, visita Córdoba la Vieja, y siente la necesidad de hacer excavaciones. Oigamos lo que él mismo dice: «¿Quién había de imaginarse que las reliquias de los palacios más sorprendentes que vió la España musulmana ya estaban sepultadas en una dehesa de un mayorazgo?». Aquí anota al pie Madrazo «es esta dehesa propiedad de los marqueses de Guadalcazar, no sabemos desde cuando», pero le hubiera sido fácil averiguar que este mismo marqués, dueño de cien dehesas entre Córdoba y Sevilla, había comprado Córdoba la Vieja de manos reales, en las cuales estaba desde hacía siglos, por estar ahí establecidas las Reales Yegüadas de Castilla que producían caballos para la Corte, al menos desde tiempos de Felipe II.

Pero, sigamos con Madrazo: «No está, no, la triste y dolorosa ruina de la más bella creación arábigo-bizantina, donde la buscan todavía muchos apasionados de aquel arte. No busquéis el grandioso rastro de Azzahra, ni en las orillas del Guadalquivir (cinco millas río abajo de Córdoba, había dicho Conde), ni en lo recóndito de la Sierra. Hélo ahí, a tres millas de Córdoba, entre Norte y Poniente, donde todos los escritores árabes de más autoridad situaron siempre la hermosa joya».

Sigue luego con bellos párrafos sobre la hermosura e importancia del arte califal, y la descripción de la dehesa de Córdoba la Vieja en la parte que ocupan las ruinas, señalando como muy importante la gran explanada central que los campesinos venían llamando «la plaza de armas», y adivinando más que señalando la posible existencia de puertas en los recintos murados, como en

ese hito informe de piedra y argamasa, que aún hoy día perdura como único vestigio vivo de lo que fueron ingentes construcciones, y también el acueducto, y los abundantes trozos de piedra decorada que por todo el vasto recinto de la dehesa siempre, y aún ahora mismo, se recojen entre la hierba.

«Con mala estrella, dice, hemos comenzado nosotros esta obra. Esperemos, sin embargo, que otros la proseguirán con mejor fortuna».

¿Qué había pasado? Lo cuenta, decepcionado, el propio Mardrazo: «Siendo esta, la excavación, superior a mis medios como particular, tuve el honor de excitar al Gobierno en diciembre de 1853, a que hiciese una exploración arqueológica en la referida dehesa de Córdoba la Vieja, reservándose el emprender excavaciones en regla, si aquel reconocimiento prometía algún resultado útil a la historia del arte. No puedo quejarme de haber sido recibido con indiferencia, antes al contrario, mis indicaciones, el relato fiel de lo que en aquel campo había yo visto, y la mera inspección de los fragmentos por mí recogidos, despertaron en el señor don Agustín Esteban Collantes, a la sazón Ministro de Fomento, el más plausible entusiasmo. Nombró inmediatamente en Córdoba una comisión que entendiese en los trabajos de exploración y facilitó el pequeño fondo que se creyó suficiente para llevarlos a cabo. Confiósenos al señor Gayangos y a mí el cargo de dirigir a los comisionados de Córdoba, los cuales por su parte, animados del mejor celo, dieron, desde luego, señales de actividad. Los señores don Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, don Francisco de Borja Pavón y don José Saló, fueron los comisionados; hicieron de su parte cuanto era de esperar para el logro del objeto principal de las instrucciones que les fueron remitidas, que era cerciorarse de si había o no edificación soterrada en aquella planicie o plaza elevada rectangular de que he hecho mérito. Por causas imprevistas no pudieron comenzar los trabajos hasta mediados de mayo de 1854, pero en cuanto los principiaron, aparecieron, al abrir una zanja en la planicie referida, vestigios de muros y un enlosado con una canal que forma ángulo recto, dispuesta al parecer para conducir agua. Desgraciadamente el señor Marqués de Guadalcazar, dueño de la dehesa, al otorgar su consentimiento para dicha exploración, había impuesto a los comisionados de Córdoba dos condiciones que ignorábamos en Madrid, y que imposibilitaban la continuación de la tarea comen-

zada, a saber, que la excavación había de suspenderse a fin de mayo, y que no había de poderse cortar ni quemar, árbol, arbusto ni mata de ninguna especie. Cabalmente, el desmonte de la gran mata silvestre que obstruye el hueco o caverna del declive meridional de la plaza alta (este gran espino silvestre dura y persiste ahora como hace un siglo), era una de las primeras instrucciones que habíamos dirigido a la comisión de Córdoba, y por otra parte, el vaciado de la excavación practicada no podía ampliarse últimamente en siete días que faltaban hasta el fin de mayo no cortando matas o arbustos. Es, pues, excusado añadir que la exploración quedó desde entonces paralizada».

Este fracaso excavatorio debió tener en Córdoba bastante resonancia. Conocemos lo que dice don Feliciano Ramírez de Arellano en un trabajo titulado «Almanzor», leído en una sesión de nuestra Academia, y publicado, como «Trabajos inéditos» de la misma en un anejo al Boletín que entonces publicaba la Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País, el año 1877. Tras una breve descripción de Medina al-Zahra, dice «Estaba situada Az-Zahra en la dehesa conocida hoy con el nombre de Córdoba la Vieja, y es de lamentar que su dueño no destinase una pequeñísima parte de lo que gasta en construir en Madrid palacios de yeso, a hacer excavaciones, en las que ganaría mucho la historia y las ciencias: en unas que se empezaron a excitación del Sr. Madrazo, aunque suspendidas al poco tiempo, se encontró una lápida con el nombre del Arquitecto que dirigió parte de los trabajos allí ejecutados».

De este hallazgo no tenemos otra mas fidedigna noticia, pero seguramente en la prensa local de aquellos tiempos se podrán recoger noticias pertinentes, dado que en la citada comisión figuraban tan notables publicistas como don Ramón Fernández de Córdoba, que fué director del Instituto de Segunda Enseñanza, y el notable humanista don Francisco de Borja Pavón, ambos directores de nuestra Academia.

Las diatribas que contra el Marqués de Guadalcazar se dirigieron en esta ocasión, me recuerdan las que durante mi adolescencia oí repetidamente, con análogo motivo, cuando comenzaron las excavaciones, ya relativamente definitivas, que en 1910 se confiaron a don Ricardo Velazquez Bosco, inteligentemente asesorado por el ilustre artista cordobés Mateo Inurria. En este tiempo eran dueños de Córdoba la Vieja los herederos del gran

torero Lagartijo, el cual había comprado la dehesa a los herederos de Guadalcazar y le había construido la casa de campo que ocupa el centro del predio en una eminencia estratégica, sobre la cual suponía Ambrosio de Morales, en sus lucubraciones renacentistas que debió haber un templo u otra hermosa construcción. Pero, volvamos a las dificultades que también Velázquez e Inurria tuvieron para empezar las excavaciones, por cuanto aquella era una dehesa «muy caliente de pastos», y los pastos se iban a estropear si el terreno se removía y otras zarandajas que obstaculizaron los trabajos y dieron lugar, dada la buena disposición del Gobierno, y amparadas las pretensiones de excavación en el abogado de todo asunto cordobés en las alturas, el Diputado a Cortes don Antonio Barroso, dieron lugar, iba diciendo, a que se iniciaran excavaciones más allá de Córdoba la Vieja, en la dehesa El Aguilarejo, propiedad a la sazón del Jefe de Intendencia Militar don Gonzalo Fernández de Córdoba, quien dió facilidades para los trabajos, los cuales condujeron al hallazgo de las ruínas de la célebre almunia de Almanzor llamada Almiría

Entre tanto, la buena labia de Inurria, mezclada con algún que otro «medio», y la buena amistad que tenía con la familia de Lagartijo, condujeron a la delimitación, por arrendamiento, de doce fanegas de terreno, en los lugares que se creyeron mas oportunos, cuyo terreno fué luego adquirido por compra por el Estado, con el importe de las consignaciones anuales, y que constituye hoy todavía la propiedad del Estado en esos lugares.

Desde aquella generación que en el siglo pasado inició unas fracasadas excavaciones en Medina al-Zahra, ya no se interrumpió, la buena tradición de erudición arqueológica respecto a dichos lugares.

Localmente, odas y leyendas, temas en Juegos Florales, trabajos periodísticos y eruditos, no han cesado de cultivar el tema. Don Narciso Sentenach publicando un croquis de lo que se advertía sobre el terreno antes de comenzar estas excavaciones del año 10. Los primeros resonantes descubrimientos, que trascendieron a la prensa mundial, al extremo de que el *Times*, de Londres, hablara de que se estaba descubriendo una Pompeya mora, cuyo concepto glosó en la prensa local el periodista Nielfa, y don Angel Delgado llevó a una conferencia en el Círculo. Todo Córdoba quedó ya prendida en el intento descubridor.

Nacionalmente, la nuevas excavaciones, emprendidas con mas éxito por otros mas felices continuadores, como deseó don Pedro de Madrazo, ya han dado al mundo artistico y arqueológico bellísimas páginas, con los sucesivos, si bien interrumpidos hallazgos en la medina califal.

Pero el hecho cierto es que, con saltos y baches en las consignaciones, a veces de ocho años, y ahora de siete, las excavaciones van logrando que renazca la cantada ciudad de Abderrahman III, y ya, desde la feliz aportación del legado Lázaro Galdiano, continuada por el Estado, al periodo de las excavaciones ha sucedido el de las restauraciones, con el cual queda asegurada, en cuanto los tiempos lo permitan, la supervivencia de aquella joya del arte español que bajo la dominación árabe cuajó, como la blanca flor de los almendros, en las risueñas vertientes de la Sierra de Córdoba.

